

COSAS DEL VINO

Seudónimo: Ulises Maule

Me dice que le gusta el tinto, una copita tranqui, al caer la tarde, pero que de vinos, no sabe.

Y que me andaba buscando, hace rato, más de dos años, según me cuenta.

Y bueno, aquí estoy, hasta que me encontró. Buena cepa, buena cepa la suya, todo un sabueso, todo un Hércules Poirot. Digo, por su lucidez. Porque usted es más alto, no lleva bigote y su cabeza es cuadrada y no de huevo, como la cabeza de Poirot.

Y disculpe que vuelva a preguntar. Usted que ha leído a Agatha Christie y a Conan Doyle, ¿qué me dice de Díaz Eterovic? ¿Elmer Mendoza? ¿Qué opina de Heredia, del Zurdo Mendieta?, ¿Sí? ¿También? Lo imaginaba.

Vaya, vaya, tenemos mucho en común. Salud, chin chin por Sherlock Holmes y Guillermo de Baskerville?

¿Le agrada el cine negro, las series policiales?, ¿Kojak, Columbo, Baretta? ¿Breaking Bad, Mindhunter, The Bone Collector, Los Siete Pecados Capitales, El Silencio de los Corderos?

¿Qué opina de John Doe?

¿De Hannibal Lecter? ¿De su maligna genialidad?

Disculpe, disculpe el entusiasmo, pero si hay algo que me apasiona, que devane mis sesos, tanto o más que la crianza de vinos, son las historias policiales.

Y antes de entrar en materia, de ir a lo nuestro y contárselo todo con lujo de detalles. Antes que me arreste y me metan en prisión. Porque no puede ser de otra manera. Es lo que me merezco. Lo que hice es malo, ya lo sé. Y no tiene perdón de Dios, ni del diablo. Antes, antes de todo eso, antes de cualquier otra cosa, y ya que estamos en confianza y entre caballeros, porque

no pienso ni puedo escapar, ¿aquí?, ¿en esta cava?, ¿desde el fondo de esta caverna y su calibre 38 apuntándome a la cara? No exagere, inspector. Ya perdí. Ya me atrapó.

Relájes. Usted gana. Permítame, tan sólo, descorchar este cinsaut. Medalla de oro en Canadá. Doble medalla de oro en España. El jurado boquiabierto en la sierra de Montsant y Ribeira Sacra, le diré. Y Alberto Antonini, ligado a las bodegas de Altos las Hormigas, Concha y Toro, y Mileștii Mici, entre tantas otras, para mí el mejor enólogo del planeta, me ha preguntado por el secreto de este vino. Y yo muy serio le he dicho la verdad. Y él me ha mirado con extrañeza y luego ha soltado una risotada. Y me ha sugerido, a propósito de mis lecturas, que debiera escribir novelas negras. En fin, este es mi vino predilecto. Mire, fíjese en el rojo tinto, mediterráneo, acariciando el interior de la copa. La Francia del sur, el norte de África y El Líbano en las papilas, el paladar. Salud.

Una delicia, ¿no es cierto?

Salud, salud por usted, inspector, y gracias por concederme este último deseo.

Déjeme decirle que lo admiro. Sólo alguien de intelecto superior, pudiera ser capaz de conectar esa pila de cadáveres, como pasas desparramados por todas partes, con este pueblo tan lejano y quitado de bulla.

Sólo usted podía dar con el autor de esos crímenes perfectos.

Sabe - y permítame llenar su copa, nuevamente - la sangre es como el vino, el vino es la sangre de los dioses. Y cuando se es joven y se tiene mucha, mucha plata, terrenos y viñedos, un par de helicóptero, una flota de avionetas, jet privado, un millón de empleados y un vino como este, uno es como un dios. Uno es dios. Y entonces matar, o asesinar, como dice usted, es simplemente arrancarle un grano de uva al racimo y llevárselo a la boca. Usted me entiende. Usted debió haber matado a alguien alguna vez. ¿No? ¿Nunca? Comprendo. Y bueno, lo que trato de explicarle, inspector, es que esos muertos siempre

estuvieron muertos. Esos hombres, mujeres, ancianos y niños, nunca le importaron a nadie. No tenían familia, ni nombre, nadie los conocía. Nadie. Y rápidamente se olvidaron. La PDI, los fiscales, los matinales y las médiums. Todo se olvidó, todos se olvidaron, todos los muertos se olvidaron. Solo usted, ya retirado, medio cojo, su espondilosis, siguió con el caso. Usted, solo usted, inspector, solitario, sólo usted y su obsesión de dar conmigo. Y yo, tranquilo, en la sombra, sin hacer ruido ni asomarme. Pero usted no paró, nunca paró. ¿Valdrá la pena todo esto?, ¿quemar sus últimos años de vida, buscando hacer justicia? ¿Valdrá la pena?, le pregunto, ¿valdrá la pena, que le cuente que aquí mismo, justo aquí, a esta cueva arrastré esos muertos? Sí, pues, aquí. Justo aquí. Precisamente aquí, inspector. Pero claro, usted ya no me escucha, se tambalea, suelta la copa y pretende torpemente continuar apuntándome con su revólver. Pero bueno, como le decía anteriormente. Sólo alguien con intelecto superior, igual que el mío, me pudiera echar el guante. Pero qué decepción. Peca usted de inocente, inspector. Porque el viejo y manido ardid de la neurotoxina que hace un instante, cuando le daba la espalda puse en su copa, le impide apretar el gatillo.

Lamento el golpe de su cabeza contra el suelo. Lamento también, por supuesto, los estertores, la opresión en el pecho, el pavor en los ojos tan abiertos. Los ojos. Sí. Los ojos. Los suyos, los ojos de todos los anteriores invitados a esta cueva y este cinsaut. Y lamento, no se imagina cuánto lamento, contarle, y que no pueda escuchar, que detrás de aquella hilera de tinas o fudres, o como quiera llamarles, hay una puerta.

Y detrás de esa puerta, otra cueva más pequeña. Y en esa cueva, una gran prensa neumática. Usted ya se figura para qué. Sí. Para espachurrar los cuerpos. Y escondido en el muro, un pasadizo secreto, por donde llevaré su sangre y sus jugos a mis barricadas.